

zon individual ; pero estoi mui léjos de pensar que abusen de ella á menudo.

Esto depende de una causa mas generalmente aplicable á todos los paises democráticos, y que al fin debe retener dentro de límites fijos, algunas veces estrechos, la independenciam individual del pensamiento.

Voi á esplicarla en el capitulo siguiente.

## CAPÍTULO II.

Del principal origen de las creencias en los pueblos democráticos.

Las creencias dogmáticas son mas ó ménos numerosas segun los tiempos. Nacen de diversos modos, y quizá mudan de forma y de objeto ; pero no puede hacerse que no haya creencias dogmáticas, es decir, opiniones que los hombres reciben en confianza y sin discutir. Si cada uno pretendiese formar por sí mismo todas sus opiniones, y buscar aisladamente la verdad en la senda abierta por él solo, no es probable que un gran número de hombres viniesen á tener las mismas creencias.

Por lo mismo, es fácil concebir que no hai sociedad que pueda prosperar sin creencias iguales, ó mas bien, que no hai ninguna que subsista de este modo; porque sin ideas comunes no hai accion comun, y sin accion comun hai hombres, pero no un cuerpo social. Para que haya sociedad, y mas todavía, para que ella prospere, es preciso que todos los ánimos estén siempre unidos por algunas ideas principales, y esto no puede verificarse sin que cada uno de ellos saque sus opiniones de un mismo principio, y convenga en recibir un cierto número de creencias ya preparadas.

Si considero ahora al hombre separadamente, hallo que las creencias dogmáticas no le son ménos indispensables para vivir solo que para obrar en comun con sus semejantes. Si el hombre se viese precisado á probarse á sí mismo todas las verdades de que se sirve diariamente, nunca por cierto acabaria: se entretendria en demostraciones preliminares sin adelantar nada. Como no tiene tiempo, por el corto espacio de la vida, ni facultades á causa de los límites de su inteligencia, para obrar de este modo, se ve obligado á considerar como ciertos mil hechos y opiniones, que no ha tenido el tiempo ni el poder de examinar por sí solo, pero que otros mas capaces han hallado ó la multitud ha adoptado. Sobre este primer funda-

mento levanta el edificio de sus propias ideas. Pero no es su voluntad la que le conduce á obrar de esta manera, sino la lei inflexible de su condicion.

No hai filósofo tan grande en el mundo que no funde una multitud de creencias en la fe de otro, y que no suponga muchas mas verdades de las que hai establecidas. Esto no solo es necesario, sino conveniente. Un hombre que emprendiese examinarlo todo por sí mismo, no podria prestar bastante atencion á cada cosa: este trabajo tendria su espíritu en una agitacion perpetua, que le impediria penetrar profundamente ninguna verdad, y fijarse con solidez en ella. Su inteligencia seria á la vez independiente y débil. Es necesario, pues, que entre los diversos objetos de las opiniones humanas, elija y adopte muchas creencias sin discutir las, á fin de profundizar mejor el pequeño número, cuyo exámen se reserve. Es verdad que todo hombre que recibe una opinion que otro ha emitido, esclaviza su inteligencia; pero esta es una esclavitud útil que permite hacer buen uso de la libertad.

De todos modos es indispensable que la autoridad se encuentre de algun lado en el mundo intelectual y moral: su puesto varia, pero tiene por precision alguno. La independencia individual puede ser mas ó ménos grande; pero no ilimitada. Así, la cuestion no es de saber si existe una autoridad

intelectual en los siglos democráticos, sino solamente en dónde se halla, y hasta dónde se estiende.

Ya he hecho ver en el capítulo precedente que la igualdad de las condiciones hacia concebir á los hombres una especie de incredulidad por lo sobrenatural, y una idea mui alta, y frecuentemente exagerada de la razon humana.

Los hombres que viven en los tiempos de igualdad son dificilmente conducidos á colocar el poder intelectual á que se someten fuera de la humanidad. Así es que siempre buscan en sí mismos ó en sus semejantes el origen de la verdad. Esto basta para probar que no podria establecerse en el dia una religion nueva, y que todas las tentativas para hacerla nacer, no solo serian impías, sino ridiculas é irracionales. Puede preverse desde luego que los pueblos democráticos no creerán fácilmente en las misiones divinas, se burlarán con gusto de los nuevos profetas y querrán encontrar en los límites de la humanidad, y no mas allá, el árbitro principal de sus creencias.

Cuando las condiciones son desiguales y los hombres desemejantes, hai algunos individuos mui ilustrados, doctos, poderosos por su inteligencia, y una multitud mui ignorante y limitada. Los que viven en los tiempos de aristocracia son conducidos naturalmente á tomar por guia de sus opiniones la

razon superior de un hombre ó de una clase, encontrándose poco dispuestos á reconocer la infalibilidad de la masa.

En los siglos de igualdad sucede lo contrario, pues á medida que los ciudadanos se hacen mas iguales, disminuye la inclinacion de cada uno á creer ciegamente á un cierto hombre ó á una cierta clase. La disposicion á creer á la masa se aumenta, y viene á ser la opinion que conduce el mundo.

La opinion comun no solo es la única guia que queda á la razon individual en los pueblos democráticos, sino que tiene en ellos una influencia infinitamente mayor que en ninguna otra parte. En los tiempos de igualdad los hombres no tienen ninguna fe los unos en los otros, á causa de su semejanza; pero esta misma semejanza les hace confiar de un modo casi ilimitado en el juicio del público, porque no pueden concebir que teniendo todos luces iguales no se encuentre la verdad del lado del mayor número.

Cuando el hombre que vive en los paises democráticos se compara individualmente á todos los que lo rodean, conoce con orgullo que es igual á cada uno de ellos; pero cuando contempla la reunion de sus semejantes, y viene á colocarse al lado de este gran cuerpo, bien pronto se abruma bajo su multitud y su flaqueza. La misma igualdad que lo hace

independiente de cada uno de los ciudadanos en particular, le entrega aislado y sin defensa á la accion del mayor número.

El público ejerce en los pueblos democráticos un poder singular de que las naciones aristocráticas ni aun siquiera tienen idea. Él no persuade sus creencias; las impone y las hace penetrar en los ánimos, como por una suerte de presión inmensa del espíritu de todos sobre la inteligencia de cada uno.

En los Estados-Unidos la mayoría se encarga de suministrar á los individuos una multitud de opiniones ya formadas, y les alijera la obligación de formarlas por sí. Existe un gran número de teorías en materias filosóficas, de moral, ó de política, que cada uno adopta sin exámen sobre la creencia del público; y si se mira de cerca, se encontrará que la religion misma reina allí ménos como doctrina revelada que como opinion comun.

Yo sé que entre los americanos las leyes políticas son tales, que la mayoría rige soberanamente la sociedad; lo cual aumenta demasiado el imperio que ella ejerce sobre la inteligencia, porque nada hai mas comun en el hombre que reconocer una ciencia superior en el que le oprime.

Esta omnipotencia política de la mayoría en los Estados-Unidos aumenta, en efecto, la influencia

que las opiniones del público obtendrian sin ella en el juicio de cada ciudadano, pero no la funda. Es preciso buscar en la igualdad misma el origen de esta influencia, y no en las instituciones mas ó ménos populares que hombres iguales pueden darse. Debe creerse que el imperio intelectual del mayor número seria ménos absoluto en un pueblo democrático sometido á un rei, que en el seno de una democracia pura; pero él será siempre absoluto, y cualesquiera que sean las leyes políticas que rijan á los hombres en los siglos de igualdad, se puede prever que la fe en la opinion comun vendrá á ser una especie de religion, cuyo profeta será la mayoría.

Así, la autoridad intelectual será diferente, pero no menor; y léjos de creer que deba desaparecer, yo conjeturo que fácilmente llegaria á ser mui grande, y que podria suceder que ella encerrase la accion del juicio individual en límites mas estrechos de los que conviene á la grandeza y á la felicidad de la especie humana. Veo claramente en la igualdad dos tendencias: una que conduce el ánimo de cada hombre hácia nuevas ideas, y otra que le veria con gusto reducido á no pensar. Y concibo cómo bajo el imperio de ciertas leyes, la democracia estinguiria la libertad intelectual que el estado social democrático favorece; de tal suerte

que despues de haber roto todas las trabas que en tiempos pasados le imponian las clases ó los hombres, el espíritu humano se encadenaria estrechamente á la voluntad general del mayor número.

Si en lugar de todos los diversos poderes que sujetan y retardan sin término el vuelo de la razon individual, sustituyesen los pueblos democráticos el poder absoluto de una mayoría, el mal no habria hecho sino cambiar de carácter. Los hombres no habrian encontrado los medios de vivir independientes; habrian solamente descubierto, cosa difícil, una nueva fisonomía de la esclavitud. Esto es en lo que se debe hacer reflexionar profundamente á aquellos que ven en la libertad de la inteligencia una cosa santa, y que no solo odian al déspota sino al despotismo. En cuanto á mí, cuando siento que la mano del poder pesa sobre mi frente, poco me importa saber quién me oprime, y por cierto que no me hallo mas dispuesto á poner mi cabeza bajo el yugo porque me lo presenten un millon de brazos.

### CAPÍTULO III.

Por qué los americanos muestran mas aptitud y gusto por las ideas generales que sus padres los ingleses.

Dios, en lo general, no se ocupa de la especie humana. Él ve de un solo golpe y con separacion todos los seres de que se compone la humanidad, y descubre en cada uno de ellos las semejanzas que lo unen á los demas, y las diferencias que lo aislan.

Dios no tiene, por tanto, necesidad de ideas generales, es decir, que no necesita unir bajo la misma forma un gran número de objetos análogos para ocuparse de ellos con facilidad.